



Marlene Dietrich, de Paramount, y Trude Marlen, de la U. F. A., aseguran ser hermanas. ¿Les encuentra parecido el lector?



Frederich March, de «Artistas Asociados», ataviado con las galas de Benvenuto Bellini

MODAS DEL LIENZO

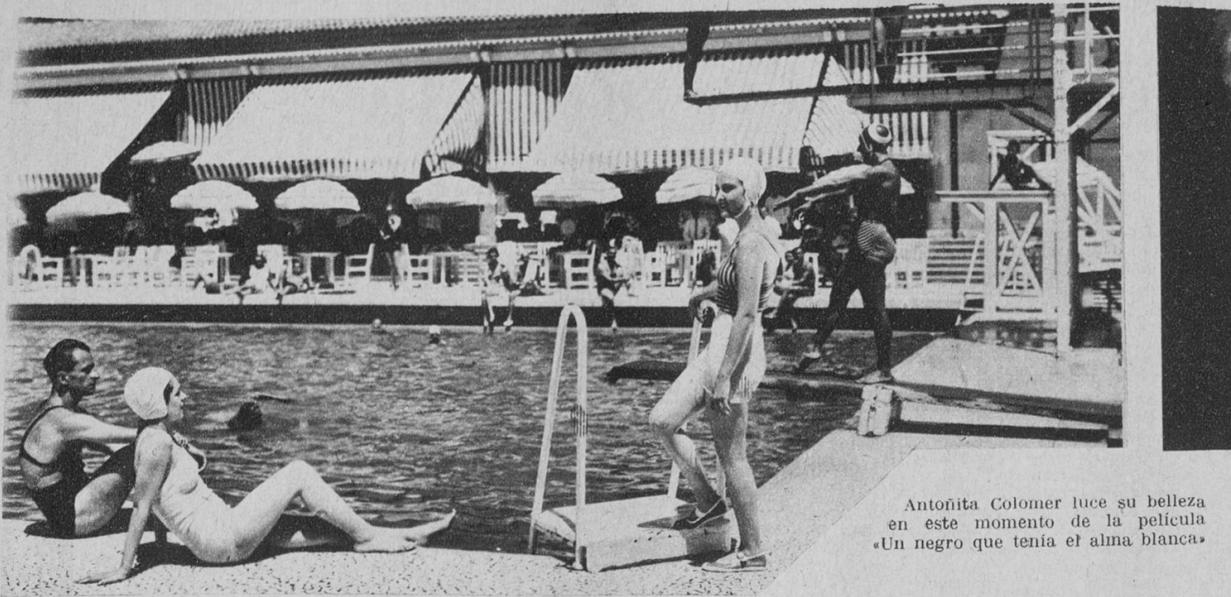


Jessie Matthews, de Atlantic Films, luciendo un bellissimo traje de tarde. Mary Jordan, nueva estrellita de Radio Films, ataviada con un modelo apropiado para jovencita. Jean Harlow, de M. G. M., con un precioso conjunto, indicadísimo para asistir a una boda chic.

JUEVES CINEMATOGRAFICOS
DE
El Dia Grafico

NÚMERO 360

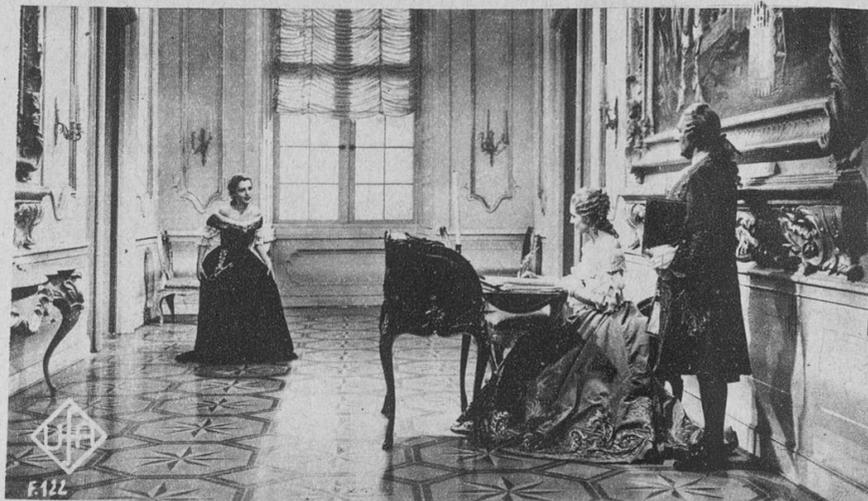
13 Diciembre 1934



Antoñita Colomer luce su belleza en este momento de la película «Un negro que tenía el alma blanca»



Una escena del film ruso «L'orage» animado por Pettroff



Otra escena del film U. F. A., «Noche de Mayo», de Gustave Ucicky



Alice Faye, estrella de la Fox, protagonista de «Aprendió de los marinos»

LOS GALANES DEL LIENZO

Por CECILIA A. MANTUA

Que los galanes cinematográficos que más sabiamente prodigaron el amor, mayores éxitos han alcanzado es cosa sabida. Muchos son los artistas que ante la cámara y en magnífico primer plano, han besado a las bellas de maquillado rostro, enloqueciendo a su vez a las anónimas espectadoras de sus films, que, elevando su admiración por el predilecto galán a la idolatría, le dedican el más bello e íntimo rincón del hogar para que lo adorne con su fotografía más reciente.

Lo que se ignora en la mayoría de los casos es, que si se viera en realidad al predilecto, se derrumbaría el castillo de naipes que ha forjado la ilusión del cine.

Entre ellos y como más destacados hemos visto, en fecha no muy lejana, a Rodolfo Valentino, el malogrado amante, único que alcanzó la clave del éxito, mediante románticas escenas traducidas por la mirada fija de sus ojos oblicuos, por los besos sabiamente dados, que conmovían la sensibilidad de la mayoría de las mujeres. Rodolfo perdura, después de ocho años de haber desaparecido de la pantalla, porque murió en pleno éxito, en plena aureola de gloria, alcanzada en «El águila negra», «Monsieur Beaucaire» y «El hijo del caído».

Le siguió, no en el mismo éxito monetario, pero sí en popularidad amorosa, John Gilbert, el apasionado galán de Greta Garbo, que obtuvo en las escenas de amor sus triunfos más resonantes, «amaba» dominando a sus ojos una fuerza magnética que arrastraba a las mujeres a sus brazos, y sus besos, totalmente desposeídos de delicadeza, dieron a John Gilbert su mayor renombre. John «quiso» a sus primeras damas ruda y apasionadamente, conquistando con su deliciosa brusquedad, un nombre de los más envidiables en la Meca del Cine.

Charles Farrell, un actor bien conocido, es el galán más infantil e ingenuo de la pantalla. Abusa muy poco de las escenas de pose amorosa, interpreta los films sonoros tan deliciosamente como los mudos, y después de aquella maravilla cinematográfica no igualada, «El Séptimo Cielo», ha seguido Charles el camino del éxito ascendiendo cada día más, pero sin dejar nunca de ser el muchacho que «quiere» buenamente, ya que la única vez que quiso recurrir a delirios pasionales con Greta Nissen en «El príncipe Fazil», fracasó por completo.

Por ese mismo motivo y con muy buen acierto, emplea Charles Farrell solamente en sus escenas de amor la ternura, besa jugueteando, acaricia entre risas de optimismo y juventud, así triunfa el galán de Janet Gaynor, enamorado entre una canción de ukelele y una sonrisa ingenua de estudiante travieso.

Maurice Chevalier, el galán eternamente enfundado en su smoking

y cubierto por el sombrero de paja, el que posee la magia de cantar deliciosamente sin voz, «enamora» con toda la picardía de un calaverón sin mancha, «quiere y besa» sin borrar jamás de sus labios la sonrisa acentuada, casi grotescamente por la prominencia de su labio inferior.

Gary Cooper es el amante más indiferente y decepcionado del séptimo arte. Pasa por sus films sin abandonar un instante el hastio para acabar invariablemente loco de amor por su primera dama, a la que atrae a sus brazos casi con frialdad, y una vez en ellos besarla con transportes de pasión contenida y hasta entonces disimulada. No deja de ser Gary, a pesar de su indiferencia, un actor excelente, que no se preocupa jamás de su tipo ni de su cara, «fotográfica» de todas formas, sin particularidad de ninguna clase, y cuenta con millares de admiradoras, por su sencilla manera de «enamorar».

Clark Gable, es el último galán de moda, el más admirado en la actualidad; es Clark, en sus sistemas «amatorios», muy similar a Gary Cooper, pero sin dar a sus papeles tanta indiferencia, trabaja con más naturalidad y cuando atrae una actriz a sus brazos, da la verdadera sensación de un amor intenso y real, besa naturalmente, sin extremismos ni exageraciones. En Clark Gable todo es perfectamente natural, desde su amable sonrisa, hasta el más mínimo movimiento de su atlética figura, que mueve sin brusquedades y sin prodigar ante la cámara exóticas poses.

Estos han sido (entre otros muchos), los actores que mayor favor han gozado entre las mujeres, por sus exquisitas ficciones, ficciones que en la vida real seguramente no poseerán, ya que en su mayor parte no son ni jóvenes, ni tienen un físico agradable, ni son afortunados en el amor.

Les vemos interpretando su papel, revestidos de la máxima idealidad, en una película que de fondo y ambiente es adaptada a sus aptitudes, pero el actor en la intimidad, sin la careta de la ficción, es un hombre vulgar, como todos, y cuantas exóticas manías, costumbres e ideas se le atribuyen, no se deben más que a la propaganda sin freno de Hollywood, que le obliga a recurrir, para que el público no le olvide, a los más exagerados extremos y la mayoría de las veces a las más ridículas invenciones. Rodolfo Valentino era un muchacho italiano que arrastraba por los Estados Unidos una vida aventurera como la mayoría de los emigrantes, llegando en su diversidad de ocupaciones a ser bailarín profesional de un Dancing (hoy se le hubiera llamado gigoí). Era de mediana estatura y tenía la mejilla izquierda cruzada por una cicatriz que desaparecía bajo el maquillaje y los focos de luz, fué en amor un fracasado, divorciándose tres veces, la muerte le sorprendió cuando estaba a punto de realizarse su último divorcio con su postrer es-

posa, la bellísima Natacha Rambowa.

El apasionado John Gilbert cuenta en su haber cuatro divorcios y de su reciente boda con Virginia Bruce se rumorea ya una separación. Es poseedor de una magnífica nariz, digna de ser comparada a la Jimmy Durante, que no guarda relación con su cuerpo de menos que mediana estatura.

Charles Farrell, el de amor ingenuo, que ha tenido en sus brazos ante la cámara a las más lindas damas jóvenes de la Fox, se casó en abril de 1931 con Virginia Vally, una excelente actriz; pero de las más veteranas de Hollywood y de las menos bonitas. Se habla ya de una demanda de divorcio.

Maurice Chevalier, sin duda alguna, no es en la intimidad el gracioso príncipe consorte de «El Desfile del Amor». Ivonne Vallée se ha divorciado de Maurice, alegando motivos de frialdad, indiferencia e incompatibilidad. El simpático ex partenaire de Mistinguett ya no es joven y si bien es verdad que conserva la silueta juvenil a fuerza de deporte, oculta lo arrugado de su epidermis bajo el maquillaje, cómplice de trucos escénicos.

Clark Gable, divorciado actualmente por tercera vez no es tampoco un hombre irresistible, y como remate de su figura maciza posee dos enormes orejas que en los descansos de escena se ve obligado a sujetar mediante una cinta de tafetán que suelta en el momento de filmar.

Estas son las verdades de los galanes cinematográficos que nos imaginamos el colmo de toda varonil perfección, si les viéramos en su intimidad comprenderíamos que son hombres, hombres sencillamente, y no ídolos como los consideran de Oriente a Occidente, las fanáticas del Séptimo Arte.

Lo que dice un periódico italiano

La revista más influyente en Italia, «Anno XIII», ha publicado un artículo relativo a la situación actual cinematográfica en Italia.

He aquí la referencia que de una producción Metro Goldwyn Mayer, hace la referida publicación:

«Metro Goldwyn Mayer, continúa siendo la más consistente y la más meritoria de todas las Compañías de cinematografía. Indudablemente sus películas son lo mejor del mercado y sus estrellas lo mejor de lo mejor. Creo sinceramente, que la más bella película de Metro Goldwyn Mayer es «Viva Villa», con Wallace Beery, por cuya interpretación ha ganado la Medalla de Oro, el más preciado tesoro de la Exposición biennial de Venecia, dedicada al mejor actor contemporáneo. El film es indiscutiblemente interesantísimo, por su interpretación y por la técnica perfecta desplegada en sus grandes movimientos de masas. El coste de esta película asciende a 46 millones de liras y han sido empleados en su filmación 20.000 actores».

PELICULAS «FIN DE SIGLO»

Están de moda las películas evocadoras de ambiente «fin de siglo». Hemos podido admirar en poco tiempo —entre otras de mérito inferior—, «Cabalgata», «Lady Lou» y «La dame de chez Maxim's», interpretada esta última por la pizpireta y simpática Florelle.

A los que, rebasando ahora los treinta, nos fué dado presenciar la agonía de un período que, con más o menos variantes, se prolongó hasta la víspera de la guerra universal, tales evocaciones nos encantan, sin sorprendernos demasiado. Por lo que a nosotros atañe, los vales de Rico, Crémieux y otros autores famosos de aquel tiempo, fueron los que marcaron nuestra infancia. Aprendimos en hora temprana—y recordamos aún— la letra de «Frou-Frou», «Quand l'amour meurt», «Fascinación», «Non tu ne sauras jamais», y pese a las modas que se han sucedido y a la influencia americana, estas canciones nos han deleitado siempre más que los bailes negros y la música de «jazz».

No pensarán de igual modo, seguramente, los que, contando ahora sus veinte años, vinieron al mundo al son de músicas exóticas y han visto alborar la arquitectura llamada funcional. Estos adoran, en arte, la forma pura y la simplicidad en la decoración, y tienen una sonrisa burlona ante aquellos interiores sobrecargados de cuadros, figuritas y

ta por demás difícil, las llamadas telefónicas en las primeras horas de la mañana, o cualquier llamada en aquellas horas en que él goza del mejor de los sueños. Pero James Cagney olvida que para él «primeras horas» son las once y aun las doce del mediodía, hora que para las demás gentes son ya bastante avanzadas, pero a James Cagney le gusta la vida nocturna, le gusta asistir a las fiestas de los cabarets y estar hasta la madrugada bailando sin descanso. Es un bailarín formidable, y las muchachas se disputan el honor de bailar con él.

Le gusta la gente alegre, despreocupada, que sabe gozar de la vida sin buscar en ella la parte seria, deslizándose por el mundo entre carcajadas que hacen olvidar las penas, y fiestas que hacen brotar las carcajadas.

James Cagney continúa formando parte del elenco de la Warner Bros. First National, la primera firma que le contrató, y ha tomado parte en muchas películas, entre ellas «Ha entrado un fotógrafo», «Duro de pelar», «Desfile de candilejas», «El guapo», «Por el mal camino», estas dos son sus últimas producciones, y otras que ha realizado, poniendo en todas ellas la gracia de su gesto, la simpatía de su rostro y su arte, su arte único y sincero que hace de James Cagney uno de los actores más estimables del cine contemporáneo.

adornos de todo género. Los peinados monumentales que se componían nuestras madres, y los sombreros, más monumentales aún, con que los remataban, son acogidos por la nueva generación, con una sonrisa burlona. ¡Qué contraste tan sorprendente con el arte y la moda que hoy priva! Tales modas, tal arte—dicen los jóvenes—pasaron para no volver.

¿Nos será permitido decir que nosotros discrepamos de tal opinión? No por simpatía hacia unas cosas y antipatía hacia otras, sino porque a ello nos inclina la observación. La humanidad avanza en espiral con retornos frecuentes al punto de partida.

Cuando, hace alguna años, la mujer, con peinado casi masculino, llevaba la falda corta hasta más arriba de la rodilla e iba mostrando sus muslos por la calle con la naturalidad de quien hace lo que está permitido, «creímos todos que la moda había dicho su palabra definitiva. Tiempos modernos, vestir moderno, El vertiginoso vivir actual y la libertad de que goza la mujer de hoy,

las tareas a que se dedica, su rápido subir a metros y autobuses, exigían aquel atavio. Habíase llegado a un resultado del cual no se podía ya volver...

Y hete aquí que, de pronto, la moda cambia, Faldas largas muy ajustadas, peinados más voluminosos, vestidos adornados... Y, con todo ello, la vuelta del vals, con sus movimientos acompasados y su delicado efluvio de épocas más ceremoniosas y aristocráticas que la nuestra.

Y no es posible que, dentro de algunos años, con un vivir más vertiginoso que el de hoy, que haga necesaria en la mujer una mayor rapidez de movimientos, y con unas exigencias de confort e higiene mayores que los actuales, nazca y se imponga un arte y una moda parecidos a los que se impulsaron hace treinta años, y sean aceptados gustosamente por todos.

Y es que el arte y la moda, como industria artística que es, muy raras veces expresa las condiciones sociales de la época en que se produce y si únicamente el genio del artista que se manifiesta a través de él. Wil- de lo dijo y no se equivocó.

SOMEBODY ELSE

DE LA PRENSA A LA PANTALLA

Por JUAN MENÉNDEZ

De las filas del periodismo han salido varias figuras destacadas del cine, donde ocupan, al presente, elevados puestos.

Solamente en uno de los grandes estudios, los de la Metro-Goldwyn-Mayer, hay tres Asesores Ejecutivos que recibieron su bautismo de fuego en tinta de imprenta.

Hunt Stromberg, por ejemplo, estuvo cinco años en calidad de reportero y cronista de deportes en el «Times», de San Luis.

Lucien Hubbard, director ejecutivo de «La espía número 13», la película más reciente de Marion Davies, ingresó como reportero al «Cincinnati Times Star» en 1907, perteneciendo después al cuerpo de Redacción de otros rotativos en diferentes ciudades de los Estados Unidos.

Monta Bell, también asesor ejecutivo, tras algunos años de correr de aquí para allá a caza de noticias, llegó a ser director del «Washington Herald».

Entre los directores cinematográficos que hicieron sus primeras armas en la Prensa, figuran el coronel W. S. Van Dyke y Gregory La Cava. El primero estuvo algunos años encargado de la reseña de sucesos en cierto periódico de San Francisco; el segundo, reportero en Rochester y más tarde caricaturista en varias importantes publicaciones neoyorquinas.

En la lista de actores hay algunos que pueden, en realidad, jactarse de decir: «Yo he sido periodista en otro tiempo».

Uno de ellos es Nelson Edy, famoso barítono en la actualidad, quien comenzó a ganarse el pucheró en el departamento artístico de un diario de Filadelfia. Después, durante cinco años, fué sucesivamente reportero y lector de originales en otros dos periódicos de la misma ciudad.

También en Filadelfia comenzó sus labores periodísticas Preston Poster, quien trabajó tres años en el departamento de anuncios de un periódico y un año en otro.

Aunque Charles Butterworth era todo un señor abogado que acababa de recibir su flamante diploma, abandonó los textos de derecho ingresando al cuerpo de Redacción de cierto periódico del Sur de los Estados Unidos. Más tarde fué a emborronar cuartillas, dicho sea con todo respeto, a un diario de Chicago, de donde pasó a ser reportero en un rotativo de Nueva York. Algún tiempo después figuraba entre los redactores del gran diario neoyorquino «The New York Times», de donde saltó a las tablas en vista de los aplausos que cosechara representando monólogos cómicos en el Club de periodistas.

Leo Carrillo también ha pertenecido a la Prensa, aunque, a decir verdad, el fin que perseguía no era sino explorar los misterios de entre bastidores. Pero, de todas formas, trabajó como caricaturista en cierto diario de San Francisco, abandonando ese empleo para dedicarse al teatro.

Y la lista podría continuar indefinidamente.

JAMES CAGNEY

(BIOGRAFIA)

futuro de su estudio, los gastos eran cada vez mayores y era un problema sostenerlo a flote. Fue a varias compañías que controlaban sistemas sonoros, pero o bien los precios eran demasiado altos o bien se negaban rotundamente a dar voz a Mickey. Finalmente encontró una casa que mostraba interés y cuyos precios eran razonables.

Mas de nuevo hubo disensiones. Disney había ideado con sus compañeros del estudio su propio método de sincronización. Sabía que daría resultado, pero los músicos de Nueva York se negaban a usarlo. Pacientemente accedió a dejarlos hacer como ellos querían. El resultado no pudo ser peor. Al fin siguieron sus consejos, usando el mismo sistema que hoy se emplea en los estudios de Disney, y el cual había él patentado el año anterior. Este sistema es el mismo que se emplea actualmente en casi todas las cintas de dibujos animados.

Los distribuidores quedaron entusiasmados con «Steamboat Willie», pero no se llegó a un arreglo. Nadie comprendía por qué ese joven Disney se negaba a vender su idea. Lo tentaron con sumas enormes, pero Disney siguió insistiendo que era sus películas lo que quería vender, no su compañía.

—Quería resguardar mi individualidad—nos dice, contento ahora de no haber cedido a aquellas instancias tentadoras—. Tenía miedo de que derrumbaran las normas que había sentado para mis producciones. Sabía perfectamente que de ser otro el que tuviese la vara alta, mis proyectos nunca se realizarían, ya que sus ideas diferirían mucho de las mías sobre el apropiado costo y valor de las producciones.

Después de pasar en Nueva York varias semanas, Disney resolvió distribuir él mismo las cintas Mickey Mouse, y terminados los arreglos pertinentes, regresó a Hollywood. La empresa era arriesgada y necesitaba máxima atención; producir y distribuir películas aunque sólo sean de un rollo, implica un desembolso considerable y muchos quebraderos de cabeza, mas sabía que con la ayuda de su hermano Roy podría hacerlo, y el nuevo sistema le era mucho más grato que no vender al mejor postor el producto de sus esfuerzos.

Como sabe todo el mundo, Mickey Mouse recibió una gran acogida por parte del público, y su popularidad creció a pasos agigantados a medida que se iban exhibiendo nuevas cintas. El estudio y el negocio de Walt Disney creció en igual proporción. Por fin pudo extenderse tal como deseaba, experimentar nuevas ideas con el dinero que producía Mickey Mouse, mejorar constantemente sus métodos de producción. Ni tiempo tuvo de pensar en dársele de gran señor, a lo Hollywood, como parece ser obligado en la meca del cinema cuando la fama cobra tintes dorados. Igual que en los días de semi penuria, siguió usando un viejo automóvil Ford, y no se mudó de la modesta casita en que había formado su hogar feliz.

James Cagney nació en Nueva York de familia humilde, en una tienda regentada por su padre en la esquina de la calle Octava y la Avenida D., distrito conocido por la Policía con el nombre de «pandilla guerrillera», porque es el barrio donde se acoge la gente maleante, los amantes de la pistola y la navaja. James era el segundo de los cinco hijos del señor Cagney, y como en la casa no había dinero bastante para alimentar siete bocas famélicas, James tuvo que abrirse paso en la vida cuando otros

Contrató dibujantes de reconocida pericia, pero no tardó en darse cuenta que era mejor entrenar sus propios muchachos. Los noveles artistas se amoldaban más fácilmente a la manera de pensar de Disney y también aportaban excelentes ideas propias. El principal requisito que Disney exige de sus aprendices, es que sepan dibujar bien.

Al crecer su cuerpo de colaboradores, hubo algunos cambios; cinco años atrás, veintidós personas bastaban para producir una cuota de veintiséis películas; ahora pasaban de cien las que intervenían en igual número de cintas. Departamento de investigación, músicos, peritos en sonido... el estudio se había transformado en una alegre y populosa colonia. Si hubieron algunos cambios; Iwerks, el fiel camarada Iwerks se había marchado. Se estableció por su cuenta en 1930, y al presente produce una serie de películas de dibujos animados titulada «Flip the Frog».

Siendo Mickey Mouse todavía jovencito, al tiempo en que Disney empezó a gozar la satisfacción de haber triunfado, se le ocurrió la idea de las Sinfonías Tontas. La atracción del sonido y la acción aunados era indiscutible, pero el «color» era lo que daba la verdadera nota descolante, y si bien películas en color siguen aún siendo una novedad, en la mente de Walt Disney fueron siempre una obsesión, un nuevo obstáculo que allanar. Su costo lo había hecho imposible hasta entonces; aun ahora cuesta aproximadamente tres veces más hacer una película en color que en blanco y negro. Pero la delirante acogida que el mundo entero dió a Mickey Mouse hizo que Disney se sintiera lo suficientemente valiente para arriesgar la formidable inversión que esta mejora requería, y la Technicolor había mejorado tanto su procedimiento que no pudo resistir la tentación de lanzarse a esta nueva aventura.

El lector se habrá ya percatado, pues que si bien Mickey fué más o menos un producto de imperiosa necesidad, Disney verdaderamente realizaba un sueño cuando empezó a producir las Sinfonías Tontas a todo color.

(Continuará el jueves próximo).

muchachos aún no saben apenas deleitar.

Esta circunstancia que pudiera parecer adversa para el porvenir de una persona, fué favorable al que es hoy conocidísimo actor cinematográfico. Trabajó con afán para engrosar el peculio familiar y al mismo tiempo estudiaba en las escuelas nocturnas con el afán de llegar a ser todo un hombre, y, después de haber desempeñado mil oficios distintos, entró a estudiar en la Universidad de Columbia para terminar seriamente sus estudios un tanto accidentados.

Desde niño demostró sus aficiones artísticas, pero la necesidad de ganar unos dólares le privó de dedicarse al arte como él hubiera deseado. Aunque se haga difícil creerlo, James Cagney comenzó su carrera artística como corista en una comedia musical «Pitter Patter», y luego se presentó en los teatros de variedades como bailarín. La variedad fué durante mucho tiempo su elemento, cinco años aproximadamente, durante los cuales recorrió casi todos los Estados. Actualmente James Cagney llama a aquel período de su vida «El círculo Cagney».

Más adelante consiguió entrar en el anhelado Broadway, y allí se hizo rápidamente un nombre por sus creaciones, llegando a desempeñar los principales papeles en distintas obras de triunfo resonante.

Pero su verdadera oportunidad fué en 1929, al representar el rol principal de «Maggie the Magnificent», en la que también actuaba Joan Blondell. Los dos triunfaron y los dos recibieron a un mismo tiempo el contrato que les ofrecía la Warner Bros. First National, partiendo James Cagney y Joan Blondell a Hollywood donde les aguardaba su completo triunfo.

James Cagney no siente predilección especial por el cine o el teatro. Los encuentra a ambos igualmente interesante, y opina que en las dos ramas del arte puede el verdadero artista mostrar sus aptitudes. Su preferencia es esta: ser un artista y confiar, según él dice, de que algún día lo alcanzará. Dejó el teatro porque el cine le ofrecía mejores ventajas económicas, y como James es amante de gastar a manos llenas el dinero, cuando lo tiene, le precisa dedicarse a la actividad que más dólares le da a ganar.

Tiene agudizado el sentimiento del arte en todas sus manifestaciones, ama la pintura, la música, la poesía, la escultura, todo, en fin, cuanto es una manifestación de la parte más elevada del alma. Ahora está estudiando el piano al mismo tiempo que aprende a pintar. Cuando la desdén en la pantalla volverá a dedicarse a la variedad en donde siempre hay campo para desarrollar nuevas modalidades.

Sólo una cosa ha logrado poner de mal humor a James, cosa que resul-

LA VERIDICA HISTORIA DE WALT DISNEY

EL CREADOR DE LAS CINTAS DE DIBUJOS ANIMADOS «MICKEY MOUSE» Y «SINFONIAS TONTAS», DISTRIBUIDAS POR UNITED ARTISTS

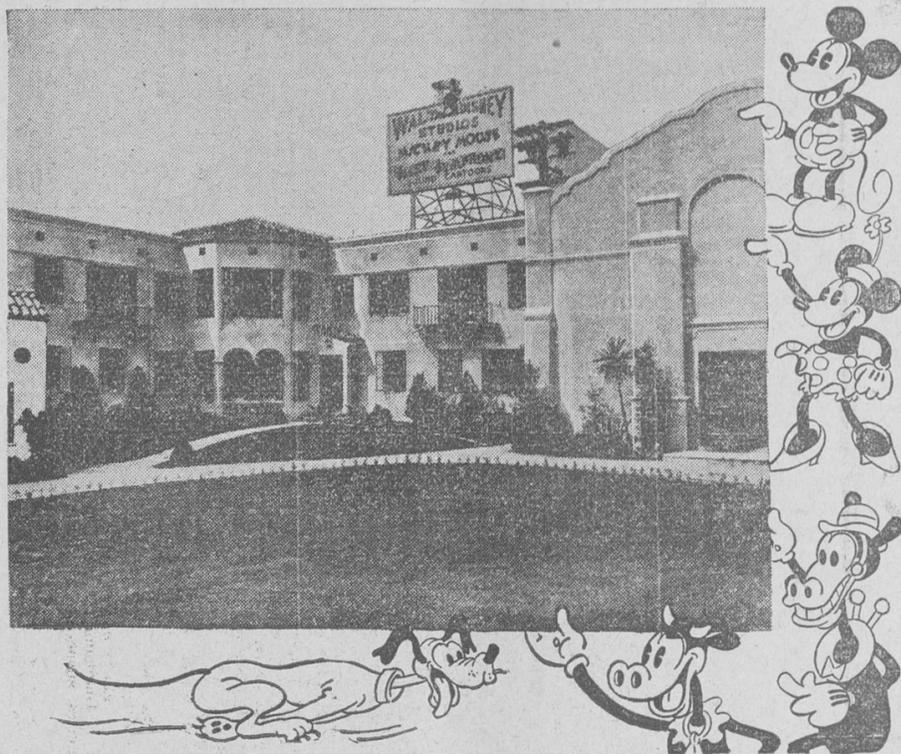
CAPITULO IV

Durante todo el trayecto a través del continente, Walt Disney trabajó entusiastamente en el primer argumento de la serie Mickey Mouse. Su esposa lo ayudó con sugerencias y su fe inquebrantable en él. Mickey tenía, naturalmente, que tener una novia—su chica—y así nació a su vez Minnie Mouse. Su entusiasmo iba

en proceso de producción, y al poco tiempo, Walt Disney empezaba su nueva empresa con el vigor y entusiasmo que siempre lo han distinguido. Grande era el riesgo que tomaba, con el poco capital de que disponía, mas todos tenían fe en el nuevo carácter de Disney. Secreta y velozmente trabajaron, en el garaje, en la primera cinta Mickey Mouse, y cuando estuvo lista para pasar a la

Mouse fué muda, y, naturalmente, ningún productor, por progresista y entusiasta que fuera, podía visualizar una película de dibujos animados sincronizada.

No obstante el aparente fracaso, Disney siguió adelante con sus planes, y produjo la segunda cinta Mickey Mouse, también silente; mas durante su realización, llegó al convencimiento de que no sólo era po-



creciendo con la misma rapidez con que el tren tragaba kilómetros; ambos ansiaban estar ya en Hollywood y empezar a trabajar. ¡Qué sorpresa no se llevarían Roy y los demás compañeros! No dirían a nadie palabra sobre la nueva serie, la harían en el garaje de su casa, al igual como en aquellos primeros trabajosos días de su carrera. Praderas, montañas, valles y ríos pasaban delante de ellos sin aperibirse.

De regreso en Hollywood, el primer paso fué llamar a una conferencia a los muchachos del Estudio. Roy y todos los otros se contagiaron al instante con la promesa de la nueva idea. Terminaron rápidamente varias cintas de Blas que estaban

pantalla, la expectación era enorme. En la preexhibición, empero, decayó mucho el entusiasmo, pues la cinta no resultó gran cosa. Sin embargo, Walt Disney la mandó a Nueva York esperando que fuese aceptada.

Mas, en la primera ciudad de los Estados Unidos, centro de distribución de todo producto cinematográfico, nadie parecía interesarse en Mickey Mouse. Tan diminuta personalidad no causó la menor sensación en la industria, que en aquella época sufría los primeros efectos de una tremenda revolución—el sonido. Acababa de estrenarse la película de Al Jolson «Jazz Singer», y tanto productores como exhibidores, andaban medio locos. La primera cinta Mickey

sible sincronizar películas de dibujos animados, sino que inevitable. La producción núm. 2, de la nueva serie, fué de distribuidor en distribuidor sin resultado alguno; mientras tanto, Disney estaba haciendo preparativos para realizar la tercera con sonido. Cuando la tuvo terminada, se la llevó a Nueva York. Su misión principal no era sólo venderla, sino sincronizarla, pues había sido imposible hacerlo en Hollywood. Esta tercera cinta Mickey Mouse, «Steamboat Willie», fué la primera en ser presentada al público.

Mas Disney, de nuevo en aprietos financieros, sin nadie a su lado que lo alentara, llegó a dudar de que se exhibiera nunca. Le preocupaba el